

Chapter 13: "The greatest thing you'll ever learn is to love and be loved in return"

Fizz la vio.

A esa harpía Goetia de pie cerca de la primera fila, con las plumas erizadas y los ojos encendidos como si estuviera loca. Tenía algo en la mano, y a Fizz se le retorció el estómago en cuanto lo reconoció.

Un arma angelical. Larga, reluciente, con patrones plateados que brillaban bajo los focos. Y apuntaba directamente al escenario.

El corazón le dio un vuelco. Dio un paso adelante.

"No, no, no..." murmuró, pero antes de que pudiera avanzar más un brazo lo agarró y tiró de él hacia atrás. Tropezó y se giró. Ozzie.

"No te muevas" dijo Asmodeus en voz baja. Sus se clavaron en los suyos con una seriedad imposible.

Fizz parpadeó, desconcertado y con el pánico a flor de piel.

"¿Qué? ¿Pero qué demonios estás...?"

"Voy a hacerlo" respondió Ozzie. "Ahora."

El estómago de Fizz se hundió como una piedra. Lo miró, sin comprender. "¿Te refieres a...?"

El disparo retumbó como un trueno.

Gritos. Sillas arrastradas. La gente corriendo en todas direcciones. Una estampida de tacones, pánico y confusión. Fizz giró la cabeza hacia el escenario, tratando de ver algo, pero había demasiados cuerpos, demasiado caos... Y entonces Ozzie le obligó a girarse de nuevo con las manos sobre sus hombros, sacudiéndolo lo justo para hacerle reaccionar.

"Tienes que correr. ¿Me oyes, Fizz? *Corre.*" Fizz solo pudo asentir. Ozzie le sostuvo la mirada un segundo más. Y luego desapareció en una ondulación de fuego violeta.

Fizz obedeció. Tal y como le habían dicho.

Se lanzó al mar de cuerpos, con los brazos extendidos, gritando hasta quedarse afónico, empujando a la gente hacia las salidas.

"¡Fuera! ¡Vamos! ¡Hay fuego, salid, salid!"

El teatro era una locura. Los espectadores trepaban por encima de las butacas, tropezando entre sí. El fuego ya devoraba las cortinas de terciopelo, tiñendo todo con un resplandor azulado que temblaba sobre las paredes. El calor trepaba, subiendo por las columnas como un animal vivo. El humo se colaba desde los laterales, arrastrándose por las vigas como si tuviera voluntad propia. Los focos explotaron uno tras otro, lanzando chispas sobre las cabezas.

Fizz siguió empujando, abriendo de golpe cada puerta de emergencia que encontraba. Entre la bruma alcanzó a distinguir el escenario, pero no podía ver con claridad. Había demasiado humo. Demasiadas sombras.

Entonces los vio. Millie, Moxxie y Loona, cerca de una de las salidas, atrapados en el tumulto. Loona gritaba.

“¡Mi padre sigue dentro!” Su voz se quebraba. “¡Está en el escenario, todavía está... todavía está...!”

Moxxie intentaba sujetarla, Millie la llamaba a gritos.

Fizz se lanzó hacia ella, le rodeó la cintura con su brazo prostético y la arrastró hacia atrás. “Fuera. *Ahora*” gruñó.

“¡Suéltame! ¡Está ahí dentro! ¡*Suéltame!*”

“¡Lo sé!” le espetó Fizz, tirando de ella hacia la salida. “Pero si no te mueves, tú serás la siguiente.”

Empujó a los tres por la salida más cercana, la puerta de emergencia se abrió de par en par tras ellos. Millie se giró, furiosa, a punto de volver a entrar, pero Fizz le cortó el paso con el brazo extendido.

“No. Si entras ahora, se acabó. Lo arruinarás todo.”

Ella se quedó paralizada. Loona se dejó caer contra la pared, sollozando, con las garras enredadas en el pelo. Moxxie se desplomó a su lado, los ojos desorbitados. Temblaba.

Ninguno de los tres podía apartar la mirada del teatro; las ventanas rotas escupiendo fuego, el humo enroscándose como un monstruo que buscaba por dónde colarse.

“¿Dónde está Blitzø?” preguntó Millie, en un susurro roto.

Fizz apretó los dientes. “Lo encontraré.”

Y se giró para volver a entrar directo al infierno.

El calor lo golpeó como una pared. Ardía, era amargo y le arañaba los pulmones. Tosió, encorvándose para evitar que la ceniza se le metiera en los ojos, y avanzó a duras penas. El fuego ya se había tragado los bastidores y la mitad del telón. Rugía como una bestia viva, devorando la madera y haciendo crujir las estructuras. El resplandor lo llenaba todo. La vista se le nubló. Y por un momento... ya no estaba allí.

Estaba en la carpa. El fuego. Los gritos. Su piel ardiendo. Los brazos de Blitzø envolviéndolo, sacándolo a rastras. Blitzø gritando su nombre por encima del rugido de las llamas.

Fizz parpadeó, sacudiendo la cabeza para volver al presente. *No. Ahora no hay tiempo para esto, dramático de mierda. Muévete.*

Obligó a su cuerpo a avanzar, resbalando sobre el suelo chamuscado. Cada paso era como una cuchillada. El calor lo desgarraba. Llamas azuladas y mágicas reptaban por los bordes del escenario.

Y entonces los vio. Dos figuras, en el centro del escenario. Inmóviles.

Fizz se lanzó hacia ellos tambaleándose, con los ojos inundados y los brazos alzados para protegerse del humo. Apenas veía. Pero las siluetas se definieron. Una estaba derrumbada. La otra se encorvada sobre ella.

Plumas. Sangre. Y Blitzø.

Estaba de rodillas, sosteniendo a Stolas entre los brazos. Pero el búho no se movía.

La sangre bajo él era un océano y Blitzø estaba ahí, abrazándolo, con la cara enterrada en sus plumas, respirando humo como si fuese aire.

Fizz sintió cómo el pecho se le rompía de golpe.

“Blitzø...” consiguió decir con la voz quebrada. Se dejó caer de rodillas a su lado, tendiendo una mano hacia su amigo. “Tenemos que irnos. Por favor, tenemos que... él ya... ya se ha ido.”

Blitzø no respondió. Negó con la cabeza, apenas perceptible.

Fizz le agarró del brazo.

“¡Blitzø, por favor! ¡El fuego se está extendiendo, tenemos que movernos!” el pánico trepando por su garganta. “Él ya... ya no...” No pudo terminar. Cerró los ojos con fuerza, su brazo prostético temblando sobre el hombro de Blitzø.

“No me voy” susurró Blitzø. Apenas un hilo de voz. Hueca. “No le voy a dejar.”

Fizz no supo qué decir. No encontraba las palabras. Solo se quedó a su lado, derrumbado, dejando que el humo le irritara los ojos. Como si eso explicara el por qué del llanto que se había apoderado de él mientras su cuerpo temblaba con cada sollozo. Todo era demasiado. Demasiado caliente, demasiado ruidoso, demasiado grande. El sonido de algo rompiéndose. Una y otra vez.

Una luz repentina lo cegó de pronto. Se cubrió los ojos con el brazo para evitar que el destello de fuego demoníaco lo cegara. La magia plegó el espacio a su alrededor y Ozzie y Vassago aparecieron allí, de pie en mitad del pasillo central, rodeados de llamas y ruinas.

Los ojos de Ozzie se clavaron en Stolas, y Fizz vio el momento exacto en que algo se rompía dentro de él. Sus largas extremidades se tensaron, todo su cuerpo temblaba. El rostro se le contrajo, los labios apretados como si estuviera tragándose un grito. Dio un paso adelante y se detuvo. Una mano se cerró en un puño contra su pecho.

Vassago barrió la escena con la mirada; el fuego, la sangre, Blitzø sosteniendo a Stolas como una estrella que se apagaba...y su expresión se oscureció. Sus plumas rojas se

alzaron mientras una luz rojiza comenzaba a brillar bajo su piel. Su voz fue firme cuando habló.

“Asmodeus. Lleva a Fizzarolli contigo. Yo me encargo de ellos.”

Ozzie vaciló un segundo más. Sus ojos seguían fijos en los dos cuerpos en el escenario. Pero Fizz se giró hacia él con las mejillas empapadas. Sin decir palabra, Ozzie se agachó y alzó a Fizz entre sus brazos. Fizz no se resistió. Se limitó a derrumbarse contra su pecho y hundir el rostro en su chaqueta de terciopelo, ahogando sus sollozos entre la tela. Y entonces, envueltos en un rugido de fuego controlado, Asmodeus desapareció.

Y se lo llevó consigo, fuera del incendio. Fuera de la tragedia.

Hacia la noche.

El aire fuera estaba frío.

No fueron muy lejos. La brisa nocturna le enfrió la piel, pero Fizz aún podía oler el humo.

“¿Dónde...?”

“Callejón lateral, junto al ala del personal” respondió Ozzie en voz baja. “Estamos reuniendo a todos en la habitación de Stolas.”

Fizz lo sentía. El cuerpo de Ozzie estaba en tensión. Sus brazos eran firmes, pero el pecho se le notaba apretado, y la mandíbula le temblaba. Fizz se acomodó un poco en su abrazo para poder mirarle.

“Lo hiciste” murmuró. No era una pregunta.

Ozzie no lo miró. Durante un momento no respondió. Luego asintió apenas en un gesto frágil. “Era la única forma.”

Fizz no dijo nada. A lo lejos, el ruido de las sirenas se mezclaba con el crepitar de las llamas que aún devoraban terciopelo y yeso. El sonido del esqueleto del club derrumbándose sobre sí mismo. Tragó saliva. “¿Por qué ahora? Dijiste que teníamos que esperar a que Stolas fuera libre. Pero él...” se le rompió la voz, y dejó la frase colgando.

Ozzie también se detuvo.

Se quedó inmóvil en medio del callejón, con Fizz en brazos, mirando fijamente la pared como si fuera a darle una respuesta mejor que la que tenía en la cabeza.

“El príncipe Vassago encontró algo. Una forma de romper el vínculo.”

Fizz parpadeó, sorprendido. “¿En serio? ¿Cómo?”

“Era... arriesgado” admitió Ozzie. Su voz se había vuelto plana, delgada, como si estuviera conteniendo algo. Bajó aún más el tono. “Pero ya no importa.” La voz se le quebró.

Fizz apoyó la frente en su pecho otra vez.

“¿Funcionó?” preguntó.

Ozzie apretó la mandíbula. Su agarre sobre Fizz cambió ligeramente.

“No lo sé” respondió por fin.

Las palabras quedaron flotando entre ellos, pesadas.

Fizz no insistió. Solo se hizo un ovillo contra él, cerrando los ojos, intentando expulsar de su mente las imágenes que se le habían grabado en la retina: la sangre, el fuego, la voz de Blitzø rompiéndose a gritos.

Rodeó con más fuerza el cuello de Ozzie con los brazos y susurró:

“Vamos a estar bien.”

Ozzie no respondió, pero Fizz notó cómo su pecho se expandía con un suspiro lento y tembloroso. Sus labios rozaron suavemente la parte superior de su cabeza.

“Eso espero.”



Todo olía a humo y plumas.

Blitzø no recordaba qué vino primero: si el calor lamiéndole la espalda, el peso entre sus brazos o esa forma en la que el mundo, de pronto, dejó de tener sentido. Estaba en el suelo. El escenario a su alrededor ardía, crujía como si todo el edificio fuera a venirse abajo sobre sus cabezas. Y le daba igual. No podía importarle menos.

Después de eso, no registró gran cosa. Voces. Alguien gritaba su nombre. Probablemente Fizz. Una mano tirando de su brazo, intentando levantarlo. Pero él no se movía. Solo apretaba más fuerte el cuerpo que tenía en el regazo. Estaba... demasiado caliente por el fuego, demasiado frío por debajo.

Hundió la cara en esas plumas y fingió que todo era una maldita pesadilla. Luego vino la luz, y el mundo se inclinó. El calor desapareció.

Y después, la oscuridad se apoderó de él.

Quizá ya estoy muerto.

Pero él ya había bailado con la muerte antes, y esto... esto era otra cosa. Era como si alguien lo estuviera desmontando, pedazo a pedazo. Toda su rabia, su ruido, su pánico... arrancados de él y esparcidos en la nada.

Lo primero que notó al volver fue el olor a hierbas y tinta. Empezó a despertar. Lento, como si tuviera que arrastrarse a través de melaza y grava. Le dolían todos los músculos, la cabeza le latía con violencia. Y sentía la garganta como si se hubiera tragado un puto cenicero.

Pero reconoció el colchón bajo él.

La cama de Stolas.

El corazón le dio un vuelco en el pecho y se incorporó de golpe, haciendo que el dolor le atravesara las costillas como una cuchilla. La habitación giró una vez, dos. Parpadeó con fuerza.

Y entonces lo vio.

Stolas estaba acurrucado a su lado, en ese colchón ridículamente pequeño, como siempre.

Su primer pensamiento fue que simplemente dormía. Que estaba agotado. Que su magia se había agotado. Se inclinó sobre él, alargando la mano.

“Eh” murmuró con voz ronca. “Eh, venga, bella durmiente. Ya sé que te encanta hacer entradas y salidas teatrales, pero no te pases.” No hubo respuesta. Los dedos de Blitzø rozaron la mejilla de Stolas. Su piel estaba demasiado fría. Dejó la mano ahí, descansando contra su rostro, el pulgar acariciando bajo el ojo. Nada. Ni un parpadeo. Ni un suspiro.

Sintió cómo se le cerraba la garganta. Algo oscuro le bajó por el pecho, y el colchón desapareció bajo él. Caía. Caía sin parar.

“¿Stolas?” preguntó en un hilo de voz, zarandeándole el hombro. Stolas no se movió. Su cuerpo se desplomó con una laxitud antinatural.

Nada.

Esto no puede estar pasando, era un sueño, una pesadilla. Solo nos fuimos a dormir. Despierta, despierta, despierta, joder, ¡despierta!

“¡STOLAS!”

El grito de Blitzø rompió el silencio como un cristal estallando. Algo se hizo añicos dentro de él. Le agarró de los hombros, le zarandeó, le dio una bofetada, sin importarle si era demasiado fuerte o demasiado suave o demasiado jodidamente tarde.

“Eh—eh, no empieces con esto. No puedes jugar a esto, ¿vale? Ya no. El dramático soy yo, ¿recuerdas? Esa es mi puta función, saco de plumas pretencioso. ¡Despierta!” La voz le volvió a fallar, hecha jirones. “No me hagas esto. No ahora. No después de todo lo que hemos pasado.”

Lo levantó un poco, sosteniéndole la cabeza con un brazo, pegándolo contra su pecho. Apoyó la frente en la sien de Stolas. Su cuerpo temblaba, la respiración entrecortada mientras trataba de tragarse el pánico que le subía por la garganta.

Se dejó caer sobre su pecho, con la mejilla pegada a sus costillas, como si pudiera oírlo, ese aleteo, ese eco suave de vida. Ese corazón que antes se aceleraba cada vez que Blitzø se le acercaba demasiado, que siempre parecía intentar seguir el ritmo sus latidos. Ese corazón que sentía como si fuera el suyo.

Pero no había nada.

Solo silencio.

Y Blitzø se rompió.

Soltó un sonido que apenas parecía humano, áspero, empapado en un dolor que no tenía a dónde ir. Sus dedos se aferraron a las ropas de Stolas, acercándolo más, intentando que el mundo dejara de estar tan vacío. Intentando mantener algo vivo a base de pura voluntad.

“Lo prometiste” susurró. “Dijiste que siempre estarías ahí. Lo prometiste, joder...”

Entonces, algo cambió.

Una sombra. Una presencia silenciosa que los observaba

Blitzø alzó la cabeza, las lágrimas marcándole las mejillas, el rostro enrojecido y desgarrado. Al principio pensó que era el humo jugándole una mala pasada. Pero no. Había alguien allí. De pie, al pie de la cama.

Vassago.

Su expresión, normalmente elegante y serena, estaba rota por algo casi irreconocible. Culpa, quizá. Arrepentimiento. Dolor contenido bajo una capa de compostura. No se acercó. Solo los miró con unos ojos cargados de tristeza.

“Lo siento” dijo Vassago, con voz baja. Los ojos de Blitzø se entrecerraron. Estaba demasiado agotado para acertijos.

“¿Qué coño quieres?”

“Te debo una explicación.”

Blitzø soltó una carcajada amarga. “A no ser que esa explicación acabe con cómo vas a traerle de vuelta, no quiero oír ni una puta palabra.”

“Encontré una forma” dijo Vassago en voz queda. “Para romper el vínculo. El que lo ataba a Stella.”

Blitzø se quedó quieto. “¿Qué?”

“Había una manera. Una brecha. Pero el precio...” la voz de Vassago se quebró, por primera vez. “Pero el precio era alto.”

Blitzø le miró como si le acabara de salir una segunda cabeza. “¿Qué coño estás diciendo?”

Vassago le sostuvo la mirada. Firme. Brutal.

“Stolas tenía que morir.”

El fuego en el despacho de Ozzie ardía bajo, proyectando un resplandor cálido y titilante contra las paredes de obsidiana lacada y las gruesas cortinas color carmesí. Los encantamientos zumbaban de forma casi imperceptible, tejidos en cada rincón de la sala: una red de seguridad, una barrera, un escudo. Era el único lugar del edificio que aún se sentía intacto, inalterado por la influencia de Andrealphus.

Stolas estaba sentado en uno de los sillones de respaldo alto, frente al escritorio. Mantenía la espalda recta. Las manos entrelazadas en su regazo, con los nudillos blancos de tensión. Las plumas de su cabeza caídas por el agotamiento. Ozzie permanecía de pie a su lado, observándolo con una preocupación que apenas lograba disimular. No había hecho muchas preguntas cuando Vassago convocó la reunión, pero al verle ahora algo dentro de él se retorció.

“¿Qué está pasando?” preguntó por fin. “Dijiste que era urgente.”

Vassago estaba de pie, con los brazos a la espalda, expresión impenetrable.

“Lo es. He encontrado una forma de romper el vínculo.” Stolas alzó la cabeza. Ozzie parpadeó.

“¿El contrato?” Vassago asintió.

“El que ata a Stolas con Stella.”

Los ojos de Ozzie se desviaron hacia Stolas, buscando alguna reacción en su rostro. Pero su mirada no se apartaba de Vassago.

Este inhaló despacio, su voz firme pero sombría:

“En un contrato forjado con sangre, tan antiguo y enraizado como este, el vínculo no es sólo simbólico. Está vivo. Anclado. Atado a dos receptáculos: uno para otorgar poder, el otro para ejercer control. En este caso, la magia reconoce a Stella y a Stolas como portadores conjuntos. Dos extremos de la misma cadena.” Stolas y Ozzie se miraron.

“Eso significa que, para romperlo...” empezó Ozzie.

“Sí. Es lo que estás pensando. Para romperlo, uno de esos receptáculos debe ser destruido.”

Las palabras cayeron como una condena.

“¿Destruído?” repitió Ozzie, incrédulo, con la voz afilada.

“Deshecho, en esencia” aclaró Vassago. “El vínculo no puede sobrevivir sin ambos anclajes. Si uno se rompe, ya sea por muerte o por anulación mágica, el contrato colapsa.”

Miró entonces a Stolas.

“Eso significa que tenemos dos opciones: matar a Stella... o a ti.”

La sala se sumió en un silencio sepulcral.

“Puedo hacerlo” añadió Vassago, tras una pausa. “A Stella. Sería complicado, está bien protegida, pero tengo los medios. Es tu decisión.”

Stolas no respondió de inmediato. Sus plumas se agitaron apenas, al ritmo del aliento que tomó. Su mente daba vueltas, imágenes destellaban tras sus ojos: la risa de Stella, afilada como cuchillas; los años de humillaciones, de desprecio, la trampa que le tendió y cerró a su alrededor.

Y luego imaginó su sangre en sus manos. Convertirse en lo que ella era.

“No” dijo, por fin.

Ozzie se volvió hacia él, sorprendido. “Stolas, después de todo lo que te ha hecho...”

“Lo sé” le interrumpió. “Pero no voy a convertirme en ella. No voy a cambiar mi libertad por una muerte. Ni siquiera la suya.”

Vassago esbozó una leve sonrisa, como si lo hubiera esperado. “Me lo imaginaba.” Pero la sonrisa se desvaneció, y su voz volvió a llenarse de peso. “Entonces solo queda un camino.” Dio un paso adelante, con las manos entrelazadas frente a él. Sus ojos captaron la luz del fuego como si fueran vidrio fundido. “Vamos a detener tu corazón. Solo durante unos segundos. El tiempo suficiente para engañar al vínculo. El contrato no es consciente, está regido por rituales antiguos. No sabrá distinguir. Solo sabrá que su anclaje ha desaparecido. Y eso debería bastar para romperlo.”

Stolas se quedó inmóvil. Su respiración era apenas un susurro.

“Si lo hacemos bien, volverás” dijo Vassago. “Libre.”

Ozzie apretó la mandíbula.

“¿Y si fallamos?”

Vassago le sostuvo la mirada, directa.

“Entonces no volverá.”

El silencio volvió, más denso que antes.

“No” Ozzie dio un paso al frente, acercándose al escritorio. “Ni de coña. Eso no es un riesgo, eso es un suicidio.”

Stolas no se inmutó. “¿Qué posibilidades hay de que funcione?”

“No lo sé. Lo haríamos en un entorno controlado. Prepararé una poción para detener tu corazón y usaré mis poderes para reanimarte después. Pero nunca he hecho algo así” admitió Vassago. “Sin embargo, puedo intentar averiguar qué pasará.” Se volvió del todo hacia él, con el rostro más serio aún. “Soy profeta. Si me dejas tocar tu esencia, puedo leer los hilos de tu futuro. Tal vez pueda ver si sobrevives al corte.”

Stolas asintió una sola vez. “Hazlo.”

Ozzie dudó. “¿Estás seguro—?”

“Lo estoy.”

Vassago se acercó despacio, alzó una mano y posó las yemas de los dedos sobre la frente de Stolas. Cerró los ojos. La sala pareció oscurecerse, el fuego se desvaneció en su mente.

Se abrió como una tormenta. Las imágenes lo golpearon en fragmentos —recuerdos.

Un niño, vestido con sedas finas, solo en un jardín que florecía demasiado frío. La silueta distante de su padre.

Después, la alegría, un joven imp riendo, dos niños rodando entre hierba alta, salvajes y libres. Blitzø. Esa misma risa que aún resonaba, décadas después, bajo toda la ruina.

Luego vino el dolor. La soledad. Las páginas de los grimorios. Lágrimas invisibles.

La vida de Stolas se desplegaba como una historia hilada con agua salada.

Vassago forzó el paso, esquivando los últimos años. No necesitaba revivir la ruptura. Ni el club. Ni la traición. Ni el precio.

Se acercó al futuro.

Y entonces todo se volvió hielo.

Los hilos se enredaron a su alrededor. El camino se nubló. Una magia vieja se aferraba a él como humo espeso, antigua, asfixiante, hambrienta. Apenas podía ver a través de ella.

Pero algo rompió la niebla.

Un destello, rápido y violento.

Sangre. Un charco carmesí extendiéndose.

Stolas, tendido en el centro.

Y Blitzø, acurrucado sobre él, sollozando, gritando algo que Vassago no pudo oír.

Vassago jadeó y se echó hacia atrás de golpe, la mano apartándose bruscamente de la frente de Stolas.

De vuelta en el despacho, el fuego volvió a alzarse de repente, como si reaccionara al chasquido de la magia.

Ozzie dio un paso al frente al instante.

“¿Qué? ¿Qué has visto?”

Los ojos de Vassago se abrieron mucho un instante, pero luego parpadeó y recompuso el rostro.

“No he podido ver con claridad” dijo despacio. “El vínculo... está interfiriendo. Es como si supiera que intentamos romperlo.”

“¿Has visto algo?” insistió Ozzie, entornando los ojos.

“He visto... posibilidades. Pero nada sólido” respondió Vassago con cuidado. “Lo que ocurra... no está escrito.”

Stolas exhaló y bajó la vista a sus manos. “No importa” dijo. “Lo haré igualmente.”

“Stolas...” intentó de nuevo Ozzie, con la voz cargada de dolor.

“Es la única forma” dijo Stolas. “No puedo seguir viviendo así. Y no voy a permitir que Blitzø sea un daño colateral. Tiene que estar a salvo.”

Vassago lo observó durante largos segundos. Aún tenía grabada la imagen en su mente — sangre, plumas, y ese grito mudo de amor deshecho.

Pero no dijo nada.

Solo miró cómo Stolas se levantaba de la silla, en silencio, con una serenidad casi fúnebre, como si ya estuviera preparado para morir.

Y por primera vez en mucho, muchísimo tiempo... no pudo adivinar cómo terminaría la historia.

Blitzø se quedó mirándolo como si le hubieran dado un puñetazo en el pecho.

“Tú lo sabías” susurró. “Lo sabías, joder.”

Vassago no se movió.

“¿Entonces por qué no le detuviste?! ¿Por qué no hiciste nada?!” Blitzø no le dio tiempo a responder. Se abalanzó sobre él, estampándolo contra la pared, los puños agarrando con

rabia su cuello. “¿Solo decidiste... dejarlo morir?! Se supone que eres un cabrón superpoderoso y ¿¡no encontrar otra manera!?”

“No podía” respondió Vassago, con la voz tensa. “Stolas tomó su decisión. Era la única forma.”

“¡NO!” los ojos de Blitzø estaban desquiciados. “Podrías haber hecho *algo*. Podrías haberle dado tiempo, fingido su muerte o—o yo qué sé—”

“Pero él no quería eso” dijo Vassago, en voz baja. “No quería arriesgar tu vida. Quería asegurarse de que estabas a salvo, lejos de aquí antes de hacer nada.”

Blitzø se quedó quieto. Su agarre se aflojó. El aire se le atascó en la garganta. Y así, de golpe, la rabia se deshizo.

Retrocedió tambaleándose, temblando, y volvió a caer de rodillas al lado de la cama. Miró a Stolas y todo dentro de él se vino abajo.

“Lo hizo por mí” susurró. “No está aquí... por mi culpa.” Su voz se quebró de nuevo, esta vez más baja. “Es... culpa mía.”

“No lo es. Stolas te quería” Vassago se arrodilló a su lado. “Más que nada. Si queda una verdad entre todos estos escombros... es esa.”

Blitzø apoyó la frente contra la mano de Stolas. Vassago se levantó, echándoles una última mirada.

“No dejes que el dolor te hunda, Blitzø. No dejes que ahogue su voz en tu corazón.” Antes de salir por la puerta, dijo en voz suave:

“Lo más grande que aprenderás en esta vida... es amar y dejarte amar. No lo rechaces.”

Blitzø no se giró cuando la puerta se cerró con un clic leve.

No supo cuánto tiempo se quedó allí. El tiempo había dejado de tener sentido desde el momento en que Stolas dejó de respirar. Todo se mezclaba en la niebla, y lo único que marcaba su paso era el dolor sordo en las articulaciones y ese latido hueco detrás de los ojos. Ya no le quedaban lágrimas. Había arrancado el duelo del pecho hasta no dejar más que humo y silencio.

Y ahora simplemente estaba allí, en el suelo frío, junto al cuerpo de la única persona que le había querido de verdad. Sin moverse. Como si quedarse quieto bastara para que el universo no se diera cuenta de que se lo había arrebatado.

Entonces se puso en pie.

No sabía por qué. No había un plan. Solo una corazonada, algo entre instinto y necesidad.

Movió las piernas despacio, rígidas, adoloridas. Sus dedos rozaron el hombro de Stolas. Luego su rostro. Su pecho. Aún estaba caliente. Podría estar dormido.

Pero no lo estaba.

Blitzø se inclinó, pasó un brazo bajo los hombros de Stolas y el otro bajo sus rodillas. Lo alzó con cuidado, como si al moverlo demasiado rápido pudiera despertarle.

Su cuerpo se plegó contra él como lo había hecho mil veces antes —esas extremidades largas, esa suavidad ridícula, ese leve aroma a estrellas, tinta y lavanda que aún se aferraba a su piel. Era tan ligero. Demasiado ligero.

Recordó haberle sostenido después del sexo. Después de discutir. Después de aquellas noches largas en las que Stolas se dormía acurrucado a su lado, murmurando tonterías celestiales sobre sueños y galaxias como si fueran cuentos para dormir. Recordó pensar que podría acostumbrarse a eso con una facilidad aterradora.

Y ahora le sostenía así, pegado a su pecho, con la cabeza justo bajo su barbilla. Era igual... y a la vez no.

Porque esta vez, Stolas no se acurrucaba. No murmuraba. No decía nada estúpido y tierno y demasiado jodidamente dulce como para soportarlo.

Blitzø le llevó fuera, a la suite. La puerta secreta se abrió con un crujido, y en cuanto cruzó el umbral, todas las miradas se volvieron hacia él.

Ozzie y Fizz. Moxxie y Millie. Loona.

Todos estaban allí. Esperando en silencio.

Millie se tapó la boca con un jadeo. Fizz abrió los ojos como platos. El labio de Loona tembló. Pero nadie intentó detenerle.

Nadie dijo nada.

Blitzø no les miró. No se fiaba de sí mismo para no romperse otra vez delante de ellos. Solo caminó. Un pie delante del otro. Sin darse cuenta, sus pasos lo llevaron arriba, a la azotea.

De vuelta a las estrellas.

La lluvia perpetua de Lujuria les recibió allí arriba, cálida y constante sobre su piel. Nubes de tormenta se agolpaban sobre el cielo, pero aún había un brillo tenue de estrellas tras ellas, como si intentaran asomar una vez más entre tanta oscuridad. Las gotas empaparon las plumas de Stolas, pegándolas a su cuerpo. Su aroma se mezclaba con la lluvia, rodeando a Blitzø como un recuerdo que se negaba a irse.

Y Blitzø cerró los ojos, porque juraría que aún podía sentir el roce de los labios de Stolas contra los suyos, la primera vez que le besó justo allí.

Se sentó cerca del borde, tumbando a Stolas sobre su regazo, con un brazo rodeándolo.

Durante un rato, no pudo mirar.

No se atrevía.

Pero entonces, en silencio, dejó que sus ojos bajaran al rostro de Stolas por primera vez desde que los sacaron del fuego.

Y parecía... en paz. Demasiado quieto. Las facciones suaves bajo la luz de la lluvia, los labios entreabiertos. Las plumas pegadas a la piel, chamuscadas en algunos sitios. Pero aún se parecía a sí mismo.

La mano de Blitzø tembló al apartar con cuidado una pluma mojada de su frente. Sus dedos se quedaron ahí, apenas un segundo, intentando memorizarle otra vez.

Y entonces empezó a hablar.

“Bueno” dijo con voz rota, “aquí estamos otra vez. Esta es justo la clase de mierda poética que te encanta, ¿eh?” Soltó una carcajada amarga mientras acariciaba suavemente el pómulo de Stolas con el pulgar. “Cuando nos conocimos por primera vez, de niños, pensé que eras el bicho más raro del mundo. Todo libros y estrellas y esas plantas flotantes como si fueran lo más importante del universo.” Inspiró con fuerza, negando con una sonrisa. “Y *eras raro*. Pero también eras... bueno. Demasiado bueno. Parecías de cristal, como si fueras a romperte si alguien te estornudaba demasiado cerca. Recuerdo pensar que eras de los que se echaría a llorar si vieras a alguien pisar una mariposa.”

La voz se le quebró. Volvió a mirarle, esperando oír esa risita suave que siempre le hacía cosquillas por dentro. Pero no llegó.

“Pero entonces... me hablaste como si importara” susurró Blitzø. “Como si yo no fuera solo una rata callejera colándose por tu ventana. Me miraste como si fuera alguien. Preguntaste cosas. Me escuchaste. Nadie había hecho eso antes.” Exhaló despacio, con esfuerzo, como si cada palabra le desgarrara. “Siempre he odiado a los Goetia. Aún los odio. Pero tú... tú no eras como ellos. Solo eras un pollito torpe, con los ojos demasiado grandes, que leía libros que pesaban más que tú. Hablando con plantas y soltando constelaciones como si eso fuera a arreglar lo solo que estabas.”

Se le escapó un temblor en el labio. Aún recordaba la cara que puso Stolas aquel día, cuando le dijo que se volverían a ver.

“Y no sé por qué” murmuró, pero te miré y pensé: *alguien va a romperle*. Y no quería que eso pasara.” Tragó saliva. “Casi lo dije. Justo antes de que mi viejo apareciera gritando para que subiera al coche. Casi me giré y te dije: *seamos amigos*.” Soltó una risita triste. “Pero no lo hice. Porque tenía miedo. O porque era idiota. Probablemente ambas. Habrías flipado si lo hubiera dicho, ¿a que sí?” Su mano se quedó quieta en su mejilla.

“Pero debería haberlo dicho. Joder, debería haberlo hecho. Porque no dejo de pensar en lo distinto que podía haber sido todo. Si hubiera dicho esas tres palabras de mierda—*seamos amigos*—todo lo que podríamos habernos ahorrado. Todo lo que podríamos haber vivido.” Alzó la mirada al cielo. Las nubes se abrían un poco, dejando ver tímidamente las estrellas. Como si el universo estuviera escuchando. “Habríamos sido solo dos críos tontos, colándonos por el palacio, tú llevándome a bibliotecas polvorientas. Yo colándome por tu ventana por la noche, escalando por la maldito enredadera, y tú cabreado conmigo por dejarte la alfombra llena de barro.” soltó una risa pequeña. “Te habría sacado por la ciudad,

enseñado el mundo real—peleas callejeras, puestos de chuches asquerosas, tejados con vistas sin telescopios de por medio. Y te habría llevado al circo. Mi madre te habría adorado. Te habría llamado *bebé búho* o alguna cursilada así, y te habría hecho sopa.”

Parpadeó, y su voz volvió a romperse.

“Te habría robado tu primer beso en algún callejón asqueroso, y tú te habrías puesto todo rojo y sin aliento. Y cómo me habría reído de ti por eso... pero no lo habría dicho en serio. Ni siquiera un poco.” Miró hacia abajo, hacia él. “Y nos habríamos enamorado. Como ahora. Porque ¿qué coño más voy a hacer, eh? ¿Qué me queda, si no es quererte en cada maldita línea temporal que el universo me eche encima?” Le acarició la mandíbula con el pulgar. “Intenté no hacerlo. Te juro por Satanás que lo intenté. Pero tú me lo pusiste muy difícil, con esa ternura tan tuya, y esos ojos que parecían ver a través de mí incluso cuando mentía como un bellaco.”

Su voz se rompió del todo.

“Pero no me arrepiento. Ni un segundo. Volvería a enamorarme de tí. Siempre. Una y otra vez”. Se inclinó y besó su frente. Permaneció así, quieto. Una brisa suave le acarició las mejillas. El fantasma de un suspiro.

“Te quiero” susurró.

Y entonces, temblando, le besó.

Sintió las lágrimas mezclarse con la lluvia al caer sobre Stolas, pero le dio igual. Ya nada importaba. Ni el fuego, ni los restos, ni el cuchillo oxidado que sentía clavado en el pecho. Solo existía ese beso —el último beso, el último adiós.

Dejó que el mundo se desvaneciera, reduciéndose al espacio entre sus labios. Solo importaba ese último calor, esas plumas empapadas que aún parecían suyas. Como si aún no se le hubiera escapado de entre los dedos como humo. Si esto era todo, si esto era lo único que tenía, se quedaría aquí. En este aliento. En esta quietud. Donde nadie pudiera tocarles.

Y entonces... algo se movió.

Un temblor. Apenas un suspiro. Tan leve que Blitzø pensó que era su propio corazón jugándole una mala pasada.

Pero volvió. Un estremecimiento, suave y trémulo. Un escalofrío bajo su palma.

Abrió los ojos de golpe.

Y vio cómo Stolas se agitaba.

Blitzø se quedó helado. El aire se le atascó en la garganta, la mente patinando como un disco rayado al borde de un grito.

La cabeza del príncipe se ladeó apenas, el ceño fruncido como si despertara de un sueño que no quería soltarle.

“¿Stolas...?” susurró Blitzø, su nombre abriéndosele en el pecho. Ni se dio cuenta de que estaba temblando. “Joder, Stolas...”

Y entonces, despacio, esas largas pestañas se alzaron. Un destello rojo parpadeó, vidrioso y aturdido. Pero vivo.

Vivo.

“Blitzø...” el nombre salió de su garganta como un suspiro rasgado.

Y Blitzø simplemente... le miró. El corazón le golpeaba tan fuerte que pensó que iba a explotar. Porque creía que jamás volvería a oír esa voz diciendo su nombre.

Y por un segundo, un pensamiento salvaje le cruzó la cabeza: *Quizás yo también estoy muerto*. Quizá se había ido con él, y esto era solo una versión retorcida del purgatorio. Porque nada tan imposible podía ser real.

“¿Estoy...?” intentó decir Stolas, apenas audible.

Blitzø no le dejó terminar. Sus manos volaron a su rostro, sujetándolo como si tuviera miedo de que desapareciera otra vez.

“No” sollozó. “No lo digas. No termines esa frase. Estás aquí, cerebro de pájaro. Eso es lo único que importa.”

Stolas parpadeó, intentando enfocar. Tragó saliva. El labio le temblaba.

“Lo siento” susurró.

Y Blitzø rió —áspero, ronco, ya llorando de nuevo.

“No. Ni de coña. Nada de mierdas ahora. Maldito cabezota.”

Y entonces volvió a besarle. Pero esta vez no fue una despedida, fue una cuerda salvavidas.

Una segunda oportunidad entera envuelta en la forma de una boca. Stolas le devolvió el beso, débil, tembloroso, los brazos apenas levantándose pero aún así aferrándose a él con las fuerzas que le quedaban.

La lluvia arreciaba, empapándolos a los dos, pero ninguno lo notó.

Se quedaron allí, en la azotea, aferrados el uno al otro como si el mundo no hubiera intentado separarles.

Vivos.

Juntos.

Bajo las estrellas.